

Doblemente sorprendido del encuentro y más todavía de hallarle tan joven, el viajero le preguntó por su edad. Todavía no tenía veinte años y acababa de recibir una gratificación con el grado de sargento, en recompensa de su valor y de su fidelidad.

Este valiente joven, después de haber compartido voluntariamente los infortunios de su jefe y haberle devuelto la vida y la libertad, gozaba ahora de su dicha, contemplando la fiesta nupcial á través de la vidriera.

Pero como el viajero le demostrara su extrañeza de que no estuviera en el baile, tachando con este motivo de ingrato á su antiguo amo, Iván le dirigió una mirada por encima del hombro y entró en la casa silbando el aire *¡Ay luli! ¡Ay luli!*

Poco después apareció en la sala donde tenía lugar la fiesta, y el curioso volvió á subir en el kibick, admirándose entonces de no haber recibido un hachazo en la cabeza.

LA JOVEN SIBERIANA

El valor de una joven, que á fines del reinado de Pablo I, marchó á pie desde Siberia para ir á San Petersbugo á pedir el perdón de su padre, hizo bastante ruido en aquel tiempo, para decidir á una autora célebre¹ á convertir en heroína de novela á esta interesante viajera. Parece, con todo, que las personas que la conocieron lamentan que se hayan atribuido aventuras de amor é ideas románticas á una noble y joven doncella que jamás tuvo otra pasión que el amor filial más puro, y que, sin apoyo, sin consejo, encontró en su corazón el pensamiento de la acción más generosa y la fuerza para ejecutarla.

Si el relato de sus aventuras no ofrece ese interés de sorpresa que puede inspirar un novelista en pro de per-

1. Madame Cottin.

sonajes imaginarios, no dejará de leerse quizá con alguna satisfacción la historia sencilla de su vida, bastante atractiva por sí misma, adornada por la verdad únicamente.

Prascovia Lopuloff era su nombre. Su padre, de noble familia de Ukrania, nació en Hungría, adonde el capricho de las circunstancias había conducido á los que le dieron el ser, y sirvió algún tiempo en los húsares negros; pero no tardó en dejarlos para marchar á Rusia, donde contrajo matrimonio. Ya en la patria, volvió á emprender en seguida la carrera de las armas, y sirvió mucho tiempo en el ejército ruso haciendo varias campañas contra los turcos. Habíase encontrado en los asaltos de Ismail y de Otchakoff, mereciendo por su conducta la estimación del cuerpo á que pertenecía. Se ignora la causa de su destierro á Siberia; su proceso, así como la revisión del mismo, que se hizo después, permanecieron en secreto. Algunas personas han pretendido, sin embargo, que había sido procesado por malquerencia de un jefe, á consecuencia de una insubordinación. Como quiera que sea, en la época del viaje de su hija llevaba catorce años en Siberia, relegado en Ischim, aldea cercana á las fronteras del gobierno de Tobolsk, viviendo con su familia de la módica retribución de diez kopecks diarios, asignada á los prisioneros que no son condenados á trabajos públicos.

La joven Prascovia contribuía con su trabajo á la subsistencia de sus padres, ayudando á las lavanderas del pueblo ó á los segadores, y tomando parte en todas las faenas del campo en las que sus fuerzas le permitían

ocuparse; en pago de ello recibía trigo, huevos ó algunas legumbres. Llegada á Siberia en su infancia y no teniendo ninguna idea de otra suerte mejor, entregábase con alegría á sus penosos trabajos, que apenas podía soportar. Sus delicadas manos parecían haber sido formadas para otras ocupaciones. Su madre, entregada por entero á los cuidados del pobre hogar, sufría en cierto modo pacientemente su situación deplorable; pero el padre, acostumbrado desde su primera juventud á la vida activa del campamento, no podía resignarse á su suerte y se abandonaba á menudo á arrebatos de desesperación que ni el mismo exceso de su desgracia podía justificar.

Aunque evitaba que Prascovia comprendiera los tormentos que le devoraban, más de una vez había sido ella testigo de sus lágrimas, á través de las rendijas de un tabique que separaba su cuarto de la habitación de sus padres, y empezaba desde algún tiempo á reflexionar sobre su cruel destino.

Lopuloff había dirigido, hacia muchos meses, una súplica al gobernador de la Siberia, el cual jamás había contestado á sus instancias precedentes. Un oficial que pasaba por Ischim para asuntos de servicio se encargó del memorial, y le prometió que apoyaría sus reclamaciones cerca del gobernador. El infeliz desterrado había concebido esta vez alguna esperanza; pero no se le dió por ello más respuesta que antes. Cada viajero, cada correo que venía de Tobolsk — suceso rarísimo — añadía el tormento de la esperanza fallida á los males que le abrumaban.

En uno de esos tristes momentos, la joven, al volver de la siega, encontró á su madre anegada en llanto y quedó aterrada ante la palidez y las miradas sombrías de su padre, que se entregaba al dolor más delirante.

— ¡He aquí, exclamó cuando la vió aparecer, la más cruel de todas mis desdichas! ¡He aquí la hija que Dios me ha dado en su cólera, para que sufra doblemente con sus males y los míos, para que la vea languidecer lentamente ante mis ojos, extenuada por serviles trabajos, y para que el título de padre, que constituye la dicha de todos los hombres, sea, para mi sólo, el último término de la maldición del cielo!

Prascovia, espantada, se arrojó en sus brazos. Madre é hija consiguieron tranquilizarle mezclando sus lágrimas con las suyas; pero esta escena hizo profunda impresión en el alma de la joven. Por vez primera sus padres habían hablado abiertamente, ante ella, de su situación desesperada; por vez primera pudo formarse idea de toda la desgracia de su familia.

En esta época, á los quince años de su vida, fué cuando acudió á su espíritu la primera idea de ir á San Petersburgo para implorar el perdón de su padre. Ella misma contaba que este feliz pensamiento se le presentó un día como un relámpago, en el momento en que acababa sus oraciones, causándole turbación indescriptible. Siempre ha estado persuadida de que aquello fué inspiración de la Providencia, y esta firme confianza la sostuvo en lo sucesivo en medio de las circunstancias más desfavorables.

Hasta aquel instante, la esperanza de la libertad no

había penetrado en su corazón. Este sentimiento, nuevo para ella, la llenó de inmensa alegría; renovó sus oraciones, pero sus ideas eran tan confusas, que no sabiendo ella misma lo que quería pedir á Dios, suplicóle solamente que no la privara de la dicha que experimentaba y que no acertaba á definir. Bien pronto, sin embargo, el proyecto de ir á San Petersburgo, arrojarse á los pies del emperador y pedirle el indulto de su padre, se desarrolló en su alma y la ocupó en adelante por entero.

Había elegido, en el límite de un bosque de abedules que se encontraba cerca de la casa, un sitio favorito donde se retiraba á menudo para orar; desde entonces fué más exacta todavía para acudir á él. Allí, entregada por completo á su proyecto, iba á rogar á Dios, con todo el fervor de su alma joven, que favoreciera su viaje y le diera fuerza y medios para realizarlo. Abandonándose á esta idea, todo lo olvidaba á veces en el bosque, hasta el punto de descuidar sus ocupaciones ordinarias, lo que le atrajo algunas quejas de sus padres. Pasó mucho tiempo antes de que osara confiarse á ellos á propósito de la empresa que meditaba. El valor la abandonaba cada vez que se acercaba á su padre para empezar la atrevida explicación, cuyo escaso éxito confusamente entrevía. Sin embargo, cuando creyó haber madurado suficientemente su proyecto, determinó el día en que hablaría y se propuso firmemente vencer su timidez.

En la época fijada, Prascovia acudió muy temprano al bosque para pedir á Dios el valor de expresarse y la elocuencia necesaria para persuadir á sus padres;

volvió en seguida á casa resuelta á hablar al primero de los dos que encontrara. Deseaba que la casualidad la pusiera enfrente de su madre, de quien esperaba mayor condescendencia; pero al aproximarse á la casa, vió á su padre sentado en un banco cerca de la puerta y fumando una pipa. Dirigióse hacia él valerosamente, empezó la explicación de su proyecto, y pidió, con todo el calor de que fué capaz, permiso para marcharse á San Petersburgo. Cuando hubo terminado el discurso, su padre, que la había escuchado sin interrumpirla y con la mayor seriedad, la tomó por la mano, y entrando con ella en el cuarto, donde la madre preparaba la comida :

— Esposa, exclamó, ¡buenas noticias! ¡Hemos encontrado un poderoso protector! Aquí está nuestra hija que va á partir inmediatamente para San Petersburgo y que quiere encargarse de hablar ella misma con el emperador.

Lopuloff refirió en seguida, chanceándose, todo lo que le había dicho Prascovia.

— Mejor haría, repuso la madre, yendo á su trabajo, que viniendo á contarte esas tonterías.

La muchacha se había armado de antemano contra la cólera de sus padres; pero no encontró fuerzas para contrarrestar la burla, que parecía destruir todas sus esperanzas. Se puso á llorar amargamente. Su padre, á quien un instante de buen humor había hecho salir de su carácter, recobró inmediatamente su severidad. Mientras la reñía á propósito de sus lágrimas, su madre enternecida la abrazaba riendo.

— Vamos, le dijo presentándole un trapo, empieza por limpiar la mesa para la comida; luego podrás marcharte á San Petersburgo con toda comodidad.

Esta escena era más á propósito para hacer desistir á Prascovia de sus proyectos, que las censuras ó los malos tratamientos; sin embargo, la humillación que experimentaba viéndose tratar como una niña, se disipó en seguida y no la desanimó. El hielo estaba roto: volvió á la carga en varias ocasiones, y sus ruegos fueron tan frecuentes y tan importunos, que su padre, perdiendo la paciencia, la riñó seriamente y le prohibió con severidad que volviese á hablarle de este asunto en lo sucesivo. Su madre, con más dulzura, procuró hacerle comprender que era demasiado joven todavía para pensar en una empresa tan difícil.

Desde entonces transcurrieron tres años sin que Prascovia se atreviese á renovar sus instancias. Una larga enfermedad de su madre la obligó á aplazar sus proyectos para tiempos más favorables; sin embargo, no se pasó un solo día sin que añadiera á sus plegarias habituales la de obtener de su padre el permiso de marchar, firmemente persuadida de que Dios la escucharía al fin y al cabo.

Este espíritu religioso, esta fe viva en una mujer tan joven, deben parecer tanto más extraordinarios, cuanto que no los debía á la educación. Sin ser irreligioso, su padre se ocupaba poco en oraciones; y aunque su madre era más exacta con respecto al particular, carecía, en general, de instrucción, y Prascovia no debía más que á sí misma los sentimientos que la animaban.

Durante los tres últimos años, se había formado su razón; ya la muchacha había adquirido más peso en los consejos de la familia; en su consecuencia, pudo proponer y discutir su proyecto, que sus padres no miraban ya como niñada, si bien lo combatieron con tanta mayor fuerza, cuanto que Prascovia había llegado á hacerseles más necesaria. Las dificultades que oponían á su partida eran á propósito para impresionar su corazón. Ya no era con burlas ó con amenazas que procuraban disuadirla, sino con caricias y lágrimas.

— Somos ya viejos, le decían; no tenemos ya ni fortuna ni amigos en Rusia: ¿tendrías valor para abandonar en este desierto á tus padres, de quienes eres el único consuelo, y esto, para emprender sola un viaje peligroso que puede conducirte á la perdición y costarles á ellos la vida, en vez de procurarles la libertad?

A estas razones, Prascovia no contestaba sino con lágrimas; pero su voluntad no por esto cejaba, y cada día se afirmaba más en su resolución.

Presentábase una dificultad de otra naturaleza y más real todavía que la oposición de su padre: no podía marchar sino provista de pasaporte; sin él no le era posible ni siquiera alejarse del pueblo. Por otra parte, no era probable que el gobernador de Tobolsk, que jamás había contestado á sus cartas, consintiera en concederles este favor. Prascovia se vió, pues, obligada á demorar la partida, y todas sus ideas se encaminaron á buscar los medios de obtener un pasaporte.

Había entonces en el pueblo un prisionero llamado

Néiler, nacido en Rusia é hijo de un sastre alemán. Este hombre había sido durante algún tiempo criado de un estudiante en la universidad de Moscou, y de esta circunstancia había obtenido la ventaja de pasar en Ischim por un hombre de original carácter. Néiler se juzgaba un incrédulo. Esta especie de locura, unida al útil oficio de sastre que poseía, le había dado á conocer á los habitantes y á los prisioneros, de los cuales, unos le hacían remendar sus trajes y otros se divertían con sus impertinencias. En el número de estos últimos figuraba Lopuloff, á cuya casa iba aquél algunas veces. Néiler, conociendo el espíritu religioso de la muchacha, la satirizaba á propósito de su devoción y la llamaba *santa Prascovia*. Ésta, creyéndole más hábil de lo que en realidad era, proyectaba dirigirse á él para obtener la solicitud que quería elevar al gobernador, en la esperanza de que su padre, no teniendo más que firmarla, se decidiría más fácilmente.

Terminaba un día su lavado en el río, y se disponía á regresar á casa. Antes de marchar, hizo varias veces, como de ordinario, la señal de la cruz, y cargó penosamente con la ropa. Néiler, que pasaba por casualidad, la vió y se burló de ella.

— Si usted hubiera hecho, le dijo, algunos más de esos aspavientos, se hubiera operado un milagro, y esa ropa se habría marchado solita á casa. Déme usted, añadió, apoderándose por fuerza del fardo; yo le haré ver que los incrédulos, á quienes usted odia tanto, son también buenas personas.

Tomó, en efecto, el cesto y lo llevó hasta el pueblo.

Durante el camino, Prascovia, que no tenía más deseo que el de obtener su pasaporte, le habló de la súplica y del servicio importante que de él esperaba. Desgraciadamente el filósofo no sabía escribir: confesó que desde el instante en que se había dedicado al oficio de sastre, había descuidado totalmente la literatura; pero le indicó en el pueblo á un hombre que podría realizar sus aspiraciones. Prascovia entró muy alegre, proponiéndose aprovechar el consejo desde el día siguiente. Allí encontró reunidas algunas personas, y á su presencia, Néiler se alabó jactanciosamente del servicio prestado á *santa Prascovia* ahorrándole el trabajo de hacer un milagro, y empleó otras bromas de este género; pero la respuesta de la joven le dejó desconcertado.

—¿Cómo podré, le dijo, dejar de poner toda mi confianza en Dios? No le he rogado más que un instante á la orilla del río, y si mi ropa no ha venido sola, es lo cierto que ha venido sin mí, y traída por un incrédulo. El milagro, pues, se ha verificado y no pido más á la Providencia.

Con esta contestación, toda la sociedad se echó á reír á expensas del sastre, que se retiró amostazado por la aventura. En adelante se verán muchos ejemplos de esta amable presencia de espíritu, que no abandonó jamás á la joven en las circunstancias más embarazosas.

Al día siguiente se apresuró á consultar al hombre que le habían indicado; por él supo que el memorial debía ir firmado por ella misma. El escribiente se encargó de redactarlo en las formas requeridas; y cuando

estuvo concluido, Lopuloff, después de alguna resistencia, consintió en que fuera remitido á su destino, aprovechando la ocasión para enviar juntamente una nueva carta relativa á sus asuntos personales.

Á partir de este momento, las inquietudes de la joven desaparecieron, su salud se fortaleció y sus padres quedaron encantados al ver que reaparecía en ella su alegría natural. Este dichoso cambio no reconocía otra causa que la certidumbre en que estaba de obtener su pasaporte y su confianza sin límites en la protección de Dios. Iba á menudo á pasearse por el camino de Tobolsk, en la esperanza de ver llegar algún correo. Pasaba por delante de la estación de relevo de caballos para hablar con el viejo inválido que dirigía la casa y que distribuía las pocas cartas dirigidas á Ischim. Pero hacía mucho tiempo que no se atrevía á preguntarle, porque le había hablado bruscamente y se había burlado de su proyecto de viaje, que conocía.

Seis meses habían casi transcurrido desde que salió el memorial, cuando vinieron á advertir á la familia que había llegado á la casa de postas un correo con cartas para algunas personas. Prascovia corrió allí al instante, seguida de sus padres. Cuando Lopuloff dió su nombre, el cartero le entregó un paquete lacrado conteniendo un pasaporte para su hija y recogió el recibo correspondiente. Fue aquél un momento de alegría para la familia. En el abandono total en que estaban hacía tantos años, el envío de este pasaporte les pareció una especie de favor. Sin embargo, no había en el paquete ninguna contestación del gobernador á las peti-

ciones personales de Lopuloff. En cuanto á su hija, era libre, y no podían, sin la mayor de las injusticias, retenerla ya en Siberia contra su voluntad.

El silencio absoluto que guardaban con su padre era, más que favor, confirmación de su desgracia. Esta triste reflexión disipó la impresión de placer que le había hecho experimentar la condescendencia del gobernador. Apoderóse Lopuloff del pasaporte y declaró, en el primer momento de disgusto, que él no había consentido en pedirlo sino en la certidumbre de que le sería negado y para librarse de las persecuciones de su hija.

Prascovia siguió á sus padres á casa sin preguntar nada, pero llena de esperanza y dando gracias á Dios durante el camino, por haber atendido uno de sus deseos. Su padre guardó el pasaporte entre sus vestidos después de haberle envuelto cuidadosamente en un pedazo de tela. Observó Prascovia esta precaución, que le pareció de buen augurio, pues muy bien hubiera podido romperlo; y no atribuyó la negativa de su padre más que á un designio particular de la Providencia, que no había señalado aún la hora de su partida. Poco después volvió al bosque, donde pasó dos horas rogando, entregándose á toda la alegría que su ardiente imaginación le inspiraba y no abrigando ya ninguna duda acerca del buen éxito de su empresa.

Estos detalles podrán parecer á algunas personas, pueriles y minuciosos; pero cuando se vea cómo los proyectos de esta joven se realizan más allá de sus esperanzas y de toda probabilidad, á pesar de los obstáculos sin número que tenía que vencer, se convencerán

todos de que ningún motivo humano hubiera bastado para conducirla al objeto que se proponía y que era preciso para tal obra *esa fe que transporta las montañas*. En todo lo que le ocurría, Prascovia notaba siempre el dedo de Dios. Así decía:

— He sido algunas veces sometida á pruebas; pero jamás su confianza en él me ha engañado.

Un incidente acaecido pocos días después, vino todavía á reanimar su valor y contribuyó quizá á que sus padres se resolvieran. Su madre, sin ser absolutamente supersticiosa, se divertía á veces buscando pronósticos del porvenir en los más pequeños sucesos de la vida. Sin creer en los días aciagos, evitaba, sin embargo, emprender nada los lunes ¹ y no le gustaba que vertieran el salero. Algunas veces tomaba la Biblia, y abriéndola al azar, buscaba en la primera frase que saltaba á sus ojos alguna analogía con su situación, de la cual poder sacar un buen augurio. Esta manera de consultar la suerte es muy frecuente en Rusia: cuando la frase es insignificante, se recapacita sobre ella, y tomando algo por los cabellos el sentido, acaban por darle la interpretación que se desea. Los desgraciados se acogen á todo y, sin dar gran fe á estas predicciones, experimentan cierto placer cuando concuerdan con sus esperanzas.

Lopuloff tenía la costumbre de leer por la noche un

1. En Rusia, el lunes pasa por un día aciago entre el pueblo y las personas supersticiosas. La repugnancia por emprender alguna cosa, y sobre todo un viaje el lunes, es tan universal, que el reducido número de personas que no participa de ella, se somete, en consideración á la opinión general y casi religiosa de los rusos.

capítulo de la Biblia á su familia : explicaba á las mujeres las palabras eslavas que no comprendían, y esta ocupación gustaba infinitamente á su hija. Al fin de una triste velada, los tres solitarios estaban cerca de una mesa sobre la cual se hallaba el libro santo; la lectura había terminado y el más profundo silencio reinaba entre ellos, cuando Prascovia, dirigiéndose á su madre, sin otro objeto que el de anudar la conversación :

— Suplico á usted que abra la Biblia, le dijo, y busque en la página de la derecha en la undécima línea.

Su madre tomó el libro apresuradamente y le abrió con un alfiler; en seguida, contando las líneas hasta la undécima á la derecha, leyó en alta voz las palabras siguientes :

« Pues, bien : un ángel de Dios llamó á Agar desde el cielo y le dijo : ¿Qué haces ahí? No temas nada. »

La aplicación de este versículo de la Santa Escritura, era demasiado fácil para que la grandísima analogía que presentaba con el viaje proyectado pudiera escapar á nadie. Prascovia, en un transporte de alegría, tomó la Biblia y besó sus páginas diferentes veces.

— ¡Es verdaderamente singular! decía la madre mirando á su marido.

Pero éste, no queriendo favorecer sus ideas sobre este particular, protestó enérgicamente contra estas ridículas interpretaciones.

— ¿Creéis, decía á las dos mujeres, que se pueda así interrogar á Dios abriendo un libro con un alfiler y que él se digne contestar á todos vuestros locos pensamientos? ¡Es indudable, añadió dirigiéndose á su hija,

que no dejará de acompañarte un ángel en tu extravagante viaje y te dará de beber cuando tengas sed! ¿No comprendes cuán insensato es abandonarse á semejantes esperanzas?

Prascovia le contestó que estaba muy lejos de esperar que se le apareciese un ángel para ayudarla en su empresa.

— Sin embargo, añadía, espero y creo firmemente que mi ángel custodio no me abandonará y que mi viaje se realizará, aun cuando yo misma me opusiera.

Lopuloff estaba indeciso ante esta inconcebible perseverancia. No obstante, transcurrió un mes sin que se hablara de la partida. Prascovia se volvía silenciosa y preocupada : siempre sola en el bosque ó en su habitación, no daba ya ninguna prueba de ternura hacia sus padres.

Como les había amenazado frecuentemente con marcharse sin pasaporte, empezaron á temer seriamente que realizara su proyecto, y estaban inquietos cuando permanecía ausente de la casa más tiempo que de ordinario. Hasta llegó un día en que creyeron decididamente que se había marchado. Prascovia, al volver de la iglesia, adonde había ido sola, acompañó á algunas jóvenes aldeanas á una cabaña vecina y se detuvo allí algunas horas. Cuando volvió á casa, su madre la abrazó llorando.

— Mucho has tardado, le dijo. ¡Creíamos que nos habías abandonado para siempre!

— Pronto tendrán ustedes esa pena, le respondió su hija, puesto que no me quieren dar el pasaporte; en-

tonces sentirán haberme privado de este recurso y de su bendición.

Pronunció estas palabras sin responder á las caricias de su madre, y en un tono de voz tan triste, tan alterado, que la buena mujer se sintió con ello vivamente conmovida. Prometióle, para tranquilizarla, que ya no se opondría más á su partida, que dependería únicamente del permiso de su padre. Prascovia no le pidió más; pero su profunda tristeza lo solicitaba más elocuentemente de lo que hubieran podido hacerlo las más vivas súplicas. Lopuloff mismo no sabía qué resolver.

Rogábale una mañana su esposa que fuera á recoger algunas patatas en un huertecito que cultivaba cerca de la casa.

Inmóvil y lleno de tristes ideas, parecía no prestar ninguna atención á este ruego; por fin, volviendo de pronto en sí:

— Vamos, dijo como para infundirse á sí mismo valor, « ayúdame, que yo te ayudaré ».

Al terminar estas palabras, tomó un azadón y se fué al jardín. Prascovia le siguió.

— Sin duda, padre mío, es preciso ayudarse en la desgracia, y espero también que Dios me ayudará en el ruego que voy á dirigir á usted y que tocará en su corazón. ¡Deme usted el pasaporte, querido y desventurado padre! Crea usted que ésta es la voluntad de Dios. ¿Quiere usted obligar á su hija á la horrible desgracia de desobedecerle?

Al hablar así, Prascovia abrazaba sus rodillas y procuraba inspirarle la misma confianza de que ella esta-

ha animada. Acudió en esto la madre. Su hija la conjuró para que le ayudara á convencer á su padre; la buena mujer no pudo resolverse. Había tenido fuerza para consentir la marcha; pero no tenía valor para pedirle.

Sin embargo, Lopuloff no pudo resistir más tiempo á tan conmovedora solicitud; sabía, por otra parte, que su hija estaba tan decidida, que temía verla partir sin pasaporte.

— ¿Qué hacer con esta muchacha? exclamó. Será preciso dejarla partir.

Prascovia, loca de contento, se abalanzó al cuello de su padre.

— Esté usted seguro, le decía colmándole de las más tiernas caricias, que no se arrepentirá de haberme escuchado: yo iré, padre, sí, iré á San Petersburgo; me arrojaré á los pies del emperador, y esta misma Providencia que me inspiró tamaña idea y que ha ablandado el corazón de usted, querrá disponer también el de nuestro gran monarca en favor nuestro.

— ¡Ay! le respondió su padre anegado en lágrimas. ¿Crees tú, pobre niña, que se puede hablar al emperador como hablas á tu padre en Siberia? Los centinelas guardan por todas partes las avenidas de su palacio, cuyos umbrales no podrás traspasar nunca. Pobre y mendigando, sin trajes, sin recomendaciones, ¿cómo te atreverás á aparecer ante él y quién se dignará presentarte?

Prascovia comprendía la fuerza de estas observaciones, sin que la desanimaran: un presentimiento se-